

LA EDUCACIÓN COMO CLAVE DE LA INDUSTRIALIZACIÓN: UN REFORMADOR JAPONÉS Y UNO MEXICANO

JORGE ALBERTO LOZOYA

El Colegio de México

LA REFORMA educativa es elemento integral de la revolución industrial. En las naciones que iniciaron la nueva era tecnológica, los sistemas educativos evolucionaron a un ritmo casi espontáneo, respondiendo a las nuevas necesidades de la sociedad.

El resto del planeta se convirtió en periferia económica de Europa y la aparición de la máquina fue, con frecuencia, fenómeno traumático, importación de estructuras sobre bases frágiles.

La presencia avasalladora del hombre europeo hizo a otras culturas conscientes de su debilidad tecnológica y la percepción aguda del fenómeno, llevó a la comprensión de que en la raíz del progreso industrial se encontraba una transformación radical de los sistemas de pensamiento. La alquimia de este cambio estaba en la adaptación de la niñez para que aprendiese nuevos patrones de análisis y acción. La escuela tradicional había de revolucionarse, so pena de no obtener el anhelado favor de la máquina.

Japón y México se encontraron con el buen éxito industrial de Europa en épocas contemporáneas. Fue la presencia de los Estados Unidos la que agudizó la crisis para ambas naciones. Los grupos en el poder reaccionaron de acuerdo con su herencia cultural e histórica, con el ferviente deseo de poder manejar con mano propia la tecnología occidental.

En materia educativa, la respuesta japonesa y la mexicana reflejan la preocupación de los dirigentes. A través del tiempo, su actuación histórica se proyectó en forma extraordinaria en el futuro de los pueblos. De modo que la reforma educativa respondió, tanto en Japón como en nuestro país, a la verdad filosófica pregonada por los sectores gobernantes y por sus

más sobresalientes voceros. Su comparación resulta de interés por ejemplificar la oposición ideológica que aún hoy día sirve de eje a la vida política: la libertad del individuo y la función del Estado.

El 8 de julio de 1853, el comodoro Matthew Calbraith Perry entró con dos naves en el puerto japonés de Araga "para exigir como un derecho y no para solicitar como favor esos actos de cortesía que son debidos de una nación civilizada a otra". Un año después retornaría para negociar el tratado de Kanagawa que abrió una nueva era en la vida del Japón.

Perry había sido figura importante en la apertura de otro puerto al poderío de los Estados Unidos. En marzo de 1847, el comodoro dirigió el bombardeo y sitio de Veracruz. Tras tres semanas de resistir, el puerto capituló y unos pocos meses después tropas estadounidenses ocupaban la ciudad de México. En febrero de 1848, el tratado de Guadalupe Hidalgo inició una nueva etapa de la historia mexicana.

La amenaza se había anunciado con anticipación. Japón conocía la supremacía tecnológica de la marina norteamericana. Los mexicanos sabían que en 1845 el cónsul estadounidense en California había dicho: "La región debe cambiar de dueño. México no la necesita."¹ No por esto se previeron los resultados de la presencia norteamericana. Por el tratado de Kanagawa, las esperanzas aislacionistas del Japón se evaporaron. Shimoda y Hakodate fueron abiertos a los barcos estadounidenses y naufragos de esa nación recibirían buen trato en el Japón. Un cónsul norteamericano residiría en Shimoda. Además la cláusula de la nación más favorecida estipuló el otorgamiento a los Estados Unidos de cualquier privilegio concedido a otra potencia. En el tratado de Guadalupe Hidalgo, México reconoció la independencia de Texas al tiempo que la mitad norteña de su territorio pasaba a los Estados Unidos.

El impacto norteamericano era descomunal. La vida de los pueblos tocados por la expansión de esa potencia cambiaba para siempre, junto con su sistema de valores y su forma de gobierno. La conciencia de su inferioridad tecnológica oprimía

¹ Rayner W. Kelsey, "The United States Consulate in California", *Publications, Academy of Pacific Coast History*, University of California, v. 1, Nº 5, p. 50. Kelsen cita a Thomas O. Larkin, el primero y último cónsul estadounidense en California.

a los nacionales de esas sociedades. El cambio era vital pues había que hacer frente a esa presencia extraña o desaparecer como entidad nacional.

Tanto los japoneses como los mexicanos hubieron de revisar las causas de su derrota. Ciertamente que el poderío militar de los Estados Unidos era superior al de Japón o México, pero no toda la culpa era de los extranjeros. ¿Por qué eran ellos débiles? ¿Por qué no podían vivir como les plujiese? Los dirigentes de ambas naciones tuvieron que emprender una tarea dolorosa: poner en tela de juicio la validez de los principios que guiaban la vida del país.

- Japón y México se encontraban ante el fenómeno de la industrialización, milagro de las naciones nórdicas de Europa y de su apéndice norteamericano. La tecnología anglosajona daría pronto a Inglaterra y a los Estados Unidos el dominio del mundo. Japoneses y mexicanos tenían que encontrar la manera de ganarse los favores del nuevo dios, el progreso industrial.

En ambos países hubo quien vio en la reforma educativa la clave de la industrialización. Dos hombres con destinos semejantes representan el pensamiento más avanzado de su época en este renglón: Arinori Mori de Japón y José María Luis Mora de México.-

Mora pertenece a una generación anterior a la de Mori. Sin embargo los problemas a que se enfrentaron los dirigentes de la restauración Meiji en los años ochenta, corresponden en cierta medida a los que ocuparon la atención de los mexicanos treinta años antes. Además la puesta en práctica de las ideas de Mora se retrasó por los vaivenes políticos de la era.

José María Luis Mora provenía de una familia de terratenientes. En su primera juventud vivió las dificultades de la guerra de Independencia que mermaría seriamente el patrimonio familiar. En 1821, al término del conflicto, Mora era a los 27 años, doctor en teología, profesor de latín y sacerdote. Un año más tarde dejó de servir a la Iglesia y se unió a la causa liberal.

Para entonces, un imperio efímero dejaba el lugar a la fluyente república. La lucha entre conservadores y liberales estaba en el aire donde permanecería por los siguientes cuarenta años. Los conservadores querían un orden español sin España mientras que los liberales trataban de crear un nuevo estado al estilo de

Inglaterra o Francia pero sobretodo cercano al modelo de los Estados Unidos.

Arinori Mori nació en 1847 en una importante familia samurai del clan Shimazu de Kagoshima. Tras recibir educación esmerada en los clásicos chinos y en la lengua inglesa, en 1865 viajó a Inglaterra con la idea de estudiar química y matemáticas. En esa oportunidad visitó Rusia y los Estados Unidos antes de regresar al Japón a la edad de veintiun años.

Una vez en el Japón, Mori ingresó a la administración pública. Una sugerencia revolucionaria —la de abolir el uso de la espada entre los samurai— le obligó al retiro forzoso so pena de morir asesinado. Sin embargo, dada su gran inteligencia, en 1870 a la edad de 24, fue nombrado primer Ministro japonés ante el gobierno de los Estados Unidos. En 1875 fue enviado a China con el mismo rango diplomático y cuatro años más tarde a Inglaterra. En 1885 regresaría a su patria como Ministro de Educación.

Por su parte, el mexicano Mora ya en 1823 recibió la comisión de proyectar la reforma del sistema educativo. En 1832 fue diputado al Congreso Nacional y cuando los liberales llegaron al poder en 1833 se convirtió en Consejero del Presidente de la República Encargado de los Asuntos Educativos. En 1847 fue nombrado Ministro de México ante la corte de la reina Victoria.

Mori fue abogado de la igualdad de la mujer y su defensa del Contrato Matrimonial lo llevó a desafiar la tradición y contraer nupcias al estilo occidental. Posteriormente, ya siendo considerado el más ardiente admirador de Occidente, se divorció de su esposa libremente elegida, lo que produjo un escándalo memorable. Como consecuencia de esto y de la intensidad de sus medidas reformistas fue acusado de irreligiosidad y finalmente asesinado por un fanático shintoísta en 1889 cuando se dirigía a la ceremonia de proclamación de la Constitución Meiji.

En México, la reforma educativa propuesta por Mora produjo tal reacción entre los conservadores que hubo de exilarse en Europa en 1834. La iglesia católica lo excomulgó declarándolo enemigo de la fe. En 1850, murió de tuberculosis en París rodeado de miseria y soledad.

Cuando fue asesinado, Mori contaba 44 años de edad. A su muerte, la edad de Mora era de 56. Para entonces habían

cimentado el nuevo sistema educativo de sus países con miras a responder al reto del mundo industrializado.

José María Luis Mora interpretó la historia de México como la lucha entre dos grandes fuerzas, la progresista y la reaccionaria:

Por marcha política del progreso entiendo aquella que tiende a efectuar de una manera más o menos rápida: la ocupación de los bienes del clero; la abolición de los privilegios de esta clase y la milicia; la difusión de la educación pública en las clases populares absolutamente independientes del clero; la supresión de los monacales; la absoluta libertad de opiniones, la igualdad de los extranjeros con los naturales en derechos civiles y el establecimiento del jurado en las causas criminales. Por marcha del retroceso entiendo aquella en que se pretende abolir lo poquísimo que se ha hecho en los ramos que constituyen lo precedente.²

Según Mora, las fuerzas del progreso estaban integradas por quienes veían en el poder público un instrumento para servir al *ciudadano*, al que oponía a los miembros de la milicia y al clero. El ciudadano era aquel que creía en el trabajo y la industria y que anhelaba un orden que protegiese los intereses de ellos derivados. Aquí Mora se convierte en portavoz de una nueva clase, la que ya Justo Sierra llamaría burguesía.

Mora se dolía de que el ciudadano no tuviese conciencia de su función en la sociedad mexicana. Esto inevitablemente producía divisiones entre los diferentes grupos progresistas; las facciones tendían a destruirse entre sí en vez de hacer frente común a su verdadero enemigo, el orden retardatario. Era por tanto esencial, creía Mora, establecer un sistema educativo que preparase a los elementos de la clase media para adquirir conciencia de su función social.

El nuevo sistema educativo debía producir independencia mental del antiguo régimen, ahora que la independencia política se había consolidado. Para que la reforma fuese permanente, los hábitos del mexicano debían sufrir transformación radical. Mora dice literalmente: "Es preciso para la estabilidad de una reforma, que sea gradual y caracterizada por revoluciones

² J. M. L. Mora, *Obras sueltas*. Citado por Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1943, pp. 78-9.

mentales, que se extiendan a la sociedad y modifiquen no sólo las opiniones de determinadas personas, sino las de toda la masa del pueblo.”³

Para Mora, el ideal era una clase media que, como la inglesa o la norteamericana, hiciese de sus intereses los de la nación. El acceso a dicha clase debía mantenerse abierto a todos los individuos que, por su esfuerzo personal, tuviesen aceptación social. La nueva ciudadanía debía entender la relación entre su bienestar y la grandeza nacional.

Decía Mora que la industrialización de México era el ideal de una patria independiente. Con una nación rica, los mexicanos entenderían que el trabajo productivo y el esfuerzo personal son las bases del nacionalismo constructivo. “El trabajo, la industria y la riqueza son los que hacen a los hombres verdadera y sólidamente virtuosos, poniéndoles en absoluta independencia de los demás, forman aquella firmeza y noble valor de los caracteres.”⁴

Solamente a través de la educación, el mexicano alcanzaría a comprender la verdad de este mecanismo. Hasta entonces, dice Mora, el sistema educativo no era sino instrumento de los grupos reaccionarios que lo usaban para impedir el progreso industrial del país. El antiguo orden educativo destruía las raíces de las convicciones que podían producir el “hombre positivo”. El viejo sistema separaba la teoría de la práctica. En vez de estimular en el joven el espíritu de investigación y duda —que siempre conduce al hombre más cerca de la verdad— el sistema inculcaba el hábito del dogmatismo y la polémica.

Pensaba el reformador que para que el ciudadano tomase conciencia de la naturaleza reaccionaria del sistema educativo, la Ciencia Social se convertiría en el instrumento de cambio. Sin las luces de esa ciencia, el individuo difícilmente puede discernir cuáles son sus deberes y derechos de ciudadano. Esto se debe a que algo más que inteligencia natural es necesario para comprender que el bienestar de la comunidad es equivalente al del individuo. Sin instrucción en la ciencia social el hombre fácilmente se guía sólo por su interés personal ya que,

³ Mora, *Obras sueltas*, citado por Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, México, El Colegio de México, 1949, p. 57.

⁴ Mora, “Discursos sobre los perniciosos efectos de la empleomanía”, *Ensayos, ideas y retratos*, México, UNAM, 1964, p. 26.

por naturaleza, el ser humano no comprende instintivamente la relación entre su persona y la sociedad. Diríase que no dispone de ojos para trascender su individualidad, su tiempo presente.

Según Mora, el Estado liberal debía arrebatar la educación de manos de la reacción. La instrucción de los mexicanos es tarea del Estado y no monopolio de una iglesia o clase. Es en la educación que las instituciones de un pueblo descansan, de ahí que los individuos deban recibirla de acuerdo con las ideas que son la base del Estado. Toda calamidad nace de la contradicción entre las instituciones educativas y las bases ideológicas de la nación.

Por el contrario, la libertad individual es el producto de la armonía de las instituciones con las ideas políticas enseñadas a la juventud, como primer paso para conquistar esa armonía, Mora propuso en 1824 la creación de establecimientos educativos que preparasen administradores públicos competentes y conscientes de su misión. Por ley se determinaría la forma y el estilo de la instrucción así como la contratación de profesores. Además las escuelas se mantendrían bajo la estricta supervisión del Estado y estarían abiertas a todos los ciudadanos. La instrucción sería gratuita, puesto que educar es una de las funciones del Estado.⁵

A pesar de este rotundo apoyo a la acción estatal en materia educativa, Mora seguía el consenso liberal al sostener que mientras las ideas sustentadas por el individuo no se encuentran en abierta contradicción con las bases ideológicas de la sociedad, el Estado no debe proteger doctrinas específicas ni impedir la libertad de expresión. Más aun, el Estado debe ser guardián de la libertad de conciencia del ciudadano.

Para que un Estado sea liberal, debe ejercer influencia mínima sobre el ciudadano. Dentro de los cánones liberales, el Estado es un instrumento necesario, pero debe ser utilizado económicamente. De ahí que para Mora la libertad de conciencia fuese principio básico de la socialización del niño. Los maestros deben participar activamente en el desarrollo de la

⁵ Proposición de Mora al Congreso del Estado de México, 17 de noviembre de 1824. Citado por Leopoldo Zea, *Del liberalismo a la revolución la educación mexicana*, México, Biblioteca del Inst. Nac. de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956, pp. 63-7.

creatividad del alumno y no convertirse en transmisores sin opinión de una doctrina política.

En 1823 el gobierno liberal comisionó a Mora para que preparase un plan de reforma para el muy importante Colegio de San Ildefonso. Mora vio en ello la oportunidad de promover la "educación científica y literaria". Desafortunadamente, el Ministro de Educación que lo apoyaba, falleció de súbito y un conservador ocupó el cargo. Un comité se formó para encargarse de la cuestión; después de dos años apareció el informe de este grupo. Mora lo recibió con indignación calificándolo de impracticable ya que recomendaba la enseñanza de disciplinas de gran utilidad para naciones avanzadas pero de poco provecho cuando los problemas de México eran aún tan elementales. De cualquier manera, el plan fracasó dada la carencia de fondos para implementarlo.

Diez años más tarde, como consejero del presidente Valentín Gómez Farias y diputado miembro de la Comisión para la Instrucción Pública, Mora firmó el decreto que secularizó la educación en México. En una ráfaga de entusiasmo, fue nombrado presidente del Establecimiento de Ciencias Ideológicas y Humanidades en donde creó las cátedras de derecho nacional, política constitucional, economía política, comercio y agricultura.

En 1834 los conservadores vuelven al poder. Mora se exila en Europa y su obra se convierte en anatema. Con todo, las ideas y principios enunciados por él mantendrán su enorme trascendencia en la estructuración de la educación nacional. Al triunfo de la Reforma con Juárez y Porfirio Díaz, los ideales de respeto a la búsqueda individual de la felicidad como meta social se incorporan plenamente a la filosofía de la educación en México.

Arinori Mori fue diplomático de muy buen éxito. Su experiencia de viajero en Europa y los Estados Unidos lo colocó en posición de comprender los mecanismos de la industrialización occidental. Además ya en la familia había adquirido la conciencia de servicio social que caracterizaría su obra.

Mori nunca expresó las razones por las que súbitamente abandonó la diplomacia para dedicarse a la reforma educativa. Michio Nagai considera que su experiencia en los círculos diplomáticos europeos determinó su interés por la educación. Cita a

Mori diciendo: “desgraciadamente, el pueblo de nuestro país se encuentra aún lejos de equipararse [al europeo]” pero “vamos a mantenernos de pie en la competencia internacional. . . Como están las cosas, es posible que vengan a tratar de tiranizarnos. La gravedad de este peligro para el Estado no debe nunca perderse de vista.”⁶

Ya en 1873 declaraba que uno de los principales problemas para el Japón era el manejo de su juventud, de manera que “su poca instrucción no se convierta en un peligro, sino que en su madurez se vuelva arma poderosa de defensa e influencia benéfica” en el desarrollo del país. Para lograrlo el sistema educativo era elemento clave.⁷ Consciente del poderío de Occidente, dado que como diplomático tuvo que negociar con él, Mori dedicó los últimos años de su vida a estructurar un sistema educativo que pusiese al Japón en situación de igualdad respecto a Europa.

En París, en 1882, Mori conoció a Hirobumi Ito, el gran dirigente de la restauración Meiji quien viajaba por Europa para estudiar de cerca los sistemas constitucionales de ese continente. El ideal de Ito era encontrar una constitución que fortaleciese al Japón sin mermar el poder de la monarquía. Ito encontró que los puntos de vista de Mori eran afines a los suyos, así que en 1885 el joven diplomático fue nombrado Ministro de Educación del flamante gabinete de Ito. Desde este cargo, Mori promulgó un sistema educativo integral que cubría desde la enseñanza elemental hasta la universitaria.

De acuerdo con Mori, la enseñanza debía tener como fin exclusivo el bienestar del Estado.⁸ Para alcanzar esa meta, el gobierno produciría una jerarquía intelectual que asumiría el rol global, se encargase de desarrollar la lealtad del ciudadano para con el Estado. Esta política debía aplicarse a las escuelas uni-

⁶ Michio Nagai, “Mori Arinori”, *Japan Quarterly*, v. XI, Núm. 1, 1964, 104.

⁷ A. Mori, *Education in Japan*, a series of letters addressed by prominent Americans to. . . , Nueva York, Appleton, 1873, p. LIII.

⁸ Véase Michio Nagai, “The development of intellectuals in the Meiji and Taisho periods”, *Journal of Social and Political Ideas in Japan*, v. II, Núm. 1, April 64, p. 30. El profesor Nagai es una de las máximas autoridades asiáticas en reforma educativa. La idea del presente artículo surgió de las conversaciones del autor con él en Tokio, como un primer intento de análisis comparativo de las experiencias mexicana y japonesa en la historia de la educación moderna.

versitarias y vocacionales así como a los institutos encargados de formar maestros. Cada tipo de institución tendría una función específica y un estatus determinado. De esta forma el gobierno produciría una jerarquía intelectual que asumiría la responsabilidad de desarrollar un orden social armónico al mismo tiempo que permitiría una movilidad social regulada.

Japón necesitaba formar ciudadanos fuertes, niños físicamente bien dotados, capaces de leer y escribir y conocedores de los principios básicos de la aritmética. De ahí que la educación elemental debiera ser obligatoria. La instrucción se basaría en las doctrinas del nacionalismo japonés y en las virtudes marciales. Los niños aprenderían a ser súbditos leales en el período formativo básico. De esto se desprende que, en el esquema de Mori, la preparación de maestros fuese extremadamente importante.

La escuela normal sería gratuita y abierta a las clases populares. Estas escuelas ocuparían una posición estratégica muy importante. Para Mori, eran el conducto entre la educación superior, reservadas a las mentes más selectas y la instrucción elemental obligatoria. Serían el puente entre los intelectuales y las masas. Su función era transmitir conocimiento, más que buscar verdades específicas.

Mori abogaba por la libertad académica y de investigación en los niveles más altos de las escuelas tecnológicas, pues la expansión del conocimiento científico era esencial para el adelanto tecnológico del Japón. Sin embargo, Mori estaba convencido de que la comunicación directa de las verdades científicas a las masas populares podía convertirse en amenaza para el régimen político. Los graduados universitarios no debían influenciar directamente a las masas japonesas. Los maestros de escuela, entrenados bajo severa disciplina militar, asumirían la responsabilidad de comunicar al pueblo exclusivamente la habilidad técnica necesaria para hacer obreros y campesinos modernos.

Mori pensaba que en las llamadas humanidades, la universidad debía seguir con ortodoxia estricta los principios políticos enunciados y sostenidos por el Estado. Esta lealtad era más importante que la libertad académica en ramas que, por no ser técnicas, Mori relegaba a segundo lugar en su esquema de prioridades.

De acuerdo con el plan de Mori, los mejores estudiantes en ciencias viajarían a Occidente para refinar su conocimiento. Por eso apoyaba el aprendizaje de lenguas europeas, especialmente el inglés. Su argumento era que en el presente orden internacional, la lengua japonesa estaba “destinada a ceder ante la dominación de la lengua inglesa, especialmente cuando el poder del vapor y la electricidad se haya difundido por todo el globo”. Japón no podía depender de la lengua japonesa “medio de comunicación débil e impreciso, cuando se trata de atrapar las verdades principales del precioso tesoro de la ciencia, el arte y la religión occidentales”.⁹

La fama de Mori es esencialmente en el campo de la educación. Con todo en su juventud se interesó vivamente en la modernización de las relaciones sociales en el Japón. Él fue quien introdujo en el país el concepto del matrimonio como contrato social que podía ser roto por las partes concertantes. Años más tarde se interesó menos en modificar de manera directa la vida social. Es factible que pensase en la reforma educativa y el desarrollo tecnológico como las fuerzas que producirían el cambio social de manera casi automática en las generaciones futuras.

Los tradicionalistas vieron en las reformas de Mori una amenaza entre otras cosas a la religión, bastión de los valores antiguos. Esto a pesar de que Mori declaró cuando era Ministro de Educación que la selección de credo religioso “reside en la libertad del individuo, lo que es cierto también en el caso del maestro, siempre y cuando no resulte en daño para el Estado...”¹⁰

Hubo quien lo acusó de cristiano dado el interés que mostró por las religiones occidentales, especialmente durante su primera estancia en los Estados Unidos. En aquel entonces estudió las enseñanzas de un oscuro místico estadounidense de quien se sabe sólo que se apellidaba Harris. No es muy factible que Mori fuese cristiano lo que se desprende, por ejemplo, de la lectura de una de sus obras:

⁹ A. Mori, *Education in Japan*, p. LVI. La primera aplicación práctica de las ideas de Mori fue en 1874 cuando, ante la negativa del gobierno le establecer un instituto vocacional técnico, Mori abrió con fondos personales el Instituto Comercial Arinori Mori que después de la segunda Guerra Mundial se convertiría en la prestigiada Universidad Hitotsubashi.

¹⁰ M. Nagai, “Mori Arinori”, p. 100.

Sería una cosa maravillosa, si llegase a suceder, que los llamados cristianos que profesan la fe pero no viven de acuerdo con ella, dejasen de presumir de la superioridad de su religión y se viesen a sí mismos como peores que otros por la culpa que implica hacer profesiones insinceras.¹¹

Mora y Mori pusieron su sello en el desarrollo de la educación nacional. En la época, ambas naciones trataban penosamente de industrializarse; con las debidas reservas, puede decirse que el punto de partida en el tiempo coincide para los dos países. Sin embargo hacia 1900, Japón logra un desarrollo industrial de tal magnitud que hubo sectores de la opinión pública norteamericana que llegaron a temer una invasión nipona. En México, el país se embarca en una lucha revolucionaria de diez años que costaría un millón de vidas. Si el criterio es exclusivamente el desarrollo económico, es evidente que la sociedad japonesa del siglo XIX logró triunfos extraordinarios donde los dirigentes mexicanos se tuvieron que enfrentar a sucesivas desilusiones.

En el Japón, los dirigentes nacionales que se lanzaron a industrializarlo, los jefes de la restauración Meiji, pertenecían a la tradición samurai, guardiana de la conciencia militar del Japón. Se trataba de un grupo de gran agresividad, pero esencialmente conservador. Así se explica que fuese este grupo el que recapturó el poder para el emperador, poder que había estado depositado por trescientos años en los señores feudales de la familia Tokugawa. Los gobernantes Meiji fueron una élite ilustrada que no puso en duda las bases más profundas de desigualdad social que sedimentaron la sociedad japonesa por siglos.

“Cada pedazo de tierra y cada individuo que vive en ella pertenece al trono” fue un principio aplicado en la comunicación entre la clase dirigente y las masas populares. Para los políticos de la restauración se trataba de colocarse detrás del trono y desde ahí planear la industrialización. Disciplina marcial, lealtad al Estado y una combinación de sangre aristócrata y movilidad social para el talento proveniente de otras clases, lograron industrializar al Japón. El genio de los restauradores

¹¹ A. Mori, *Life and Resources in America*, Washington, D. C., 1871, p. 198.

Meiji estuvo en armonizar una concepción aristocrática del mundo con un sistema social lo suficientemente flexible como para permitir un grado aceptable de movilidad vertical individual.

El emperador se convirtió en el símbolo del poder absoluto al tiempo que se le conservó al margen de la lucha política. Los restauradores apelaron a la tradición de su clase comunicando al pueblo la imagen de una historia nacional poderosa y basada en la gloria militar.

En este contexto, las reformas educativas de Mori encajaban en las condiciones objetivas del momento histórico. Finalmente, el país había estado aislado por trescientos años y cuando dicho aislamiento llegó a su fin, los dirigentes nacionales pudieron por un periodo considerable controlar la difusión de ideas extranjeras a la masa de la población.

En el caso de México, con la Independencia llegan al poder nuevos elementos, los criollos, quienes inicialmente buscaban la instauración de un régimen que puede calificarse de tradicionalista. Cuando la lucha armada de la Insurgencia permeó grupos nacionales hasta entonces ajenos al poder económico y social, la que pudo haber sido lucha esencialmente política se convirtió en una guerra civil de dimensión considerable. El impacto de los grupos mestizos en el proceso histórico puede verse en las concesiones que los grupos criollos debieron hacer para lograr la pacificación del país: abolición de la esclavitud, abolición del sistema de castas, devolución de tierras a comunidades indígenas, así como expulsión de los ciudadanos españoles.

Los dirigentes nacionales se encontraron en situación paradójica: aunque muchos de ellos eran étnicamente ibéricos, la generación insurgente proyectó actitudes marcadamente anti-españolas que culminaron con el nuevo nombre de México para la nación y el intento de reestablecer oficialmente la gloria e las civilizaciones precolombinas. Pero al mismo tiempo que los españoles abandonaban México, sectores muy importantes de los grupos dirigentes no pudieron aceptar la naturaleza mestiza de la cultura de las masas.

Los criollos no tuvieron elementos para establecer instituciones militares que sostuviesen sólidamente las políticas del estado. No había tradición militarista en la colonia española

y difícilmente podía el Estado republicano confiar plenamente en las fuerzas guerrilleras del período insurgente.

Finalmente, las ideas republicanas de Francia y los Estados Unidos más la idea del progreso cimentada en el concepto de democracia anglosajona, invadieron el mundo de las ideas en México sin contar con una base socio-económica que permitiese la importación paralela de los mecanismos reales que lograsen obtener los ideales teóricos.

Como muchos de sus compatriotas, Mora vivió en una encrucijada. Estaba extremadamente orgulloso de su pureza de sangre española y no concibió siquiera la posibilidad de que las culturas precolombinas pudiesen contribuir a la elaboración de una nueva imagen de México. Al mismo tiempo, su admiración por los Estados Unidos llegó en una época a ser ilimitada. En el momento de estallar el conflicto con los Estados Unidos, Mora era Ministro de México en Inglaterra. Como otros muchos, debió reaccionar con gran amargura ante lo que se consideraba agresión estadounidense.¹² El colmo de su desilusión lo alcanzó cuando el gobierno británico se mantuvo, en el mejor de los casos, indiferente ante la causa de los mexicanos. Paso siguiente, Mora veía en Francia la salvación de la causa republicana. Afortunadamente para él no vivió para ver la invasión de las tropas de Napoleón III en 1862.

En esa encrucijada del siglo XIX, los grupos dirigentes mexicanos trataron de hacer de México un Estado esencialmente occidental y por tanto europeo. Tomó al país cien años y tres guerras —la de Independencia, la de Reforma y la Revolución de 1910— el encontrar una imagen mestiza que se basara en la aceptación de la mezcla étnica y cultural. También costó mucho llegar a la percepción realista de que la aplicación de modelos sociales, económicos o políticos de los países nórdicos no podía ser automática.

Los japoneses, por el simple hecho de su biología, no podían aceptar los valores europeos de una manera total. Incluso Mori el campeón de la occidentalización, mantuvo una posición crítica al respecto, como lo refleja un comentario sobre los Estados Unidos:

¹² En 1847, Mora escribía: "Todo tratado entre México y los Estados Unidos no será para el segundo sino una tregua que prepara el avance de una nueva invasión", *Ensayos, ideas...*, p. 137.

Los males que resultan del abuso de la libertad en los Estados Unidos se encuentran entre los más difíciles de corregir o reformar y deben ser evitados cuidadosamente. Otro hecho que no debe olvidarse se refiere a los requisitos educativos necesarios para asegurar el triunfo de un sistema republicano de gobierno. Es indudable que los mejores pensadores en los Estados Unidos deploran las maquinaciones de los políticos que ha dado por resultado que los Estados Unidos se encuentren en situación desafortunada, en lo que a esto se refiere.¹³

Mori deseaba la grandeza industrial del Japón por sobre todas las cosas. Esa grandeza era en gran medida una entidad abstracta. Las metas de la educación japonesa debían ser el formar ciudadanos diestros en trabajar por la gloria última de la nación. Disciplina militar en las masas, ortodoxia ideológica en las élites y profundo nacionalismo formarían ciudadanos felices porque contribuirían a fortalecer al Estado.

Mora deseaba ver un México progresista con valores similares a los de las potencias occidentales. El adelanto del país debía basarse en la comprensión por parte del individuo de los mecanismos del progreso: democracia, comercio, libertad de expresión y trabajo. El fin de la educación debía ser la formación de individuos que comprendiesen la necesidad de cambiar la vida nacional. México se convertiría en una nación fuerte porque sus ciudadanos eran felices como individuos.

Cien años después, Japón surge de dos derrotas bélicas y vuelve a figurar entre las grandes potencias industriales. Profundas crisis sociales estremecen al Japón que debe buscar derroteros para su riqueza material. Aunque modificada por la avalancha de influencia extranjera, la mentalidad japonesa y el sistema educativo siguen conformándose en gran parte a los patrones autoritarios que idearon los restauradores Meiji.¹⁴

México continúa con paso discreto su proceso de industrialización y con frecuencia sucede que los moldes del sistema educativo, herencia de los liberales, recuerdan demasiado a Inglaterra o Francia con premisas que chocan con la realidad diaria del mexicano.

¹³ A. Mori, *Life and Resources in America*, pp. 13-14.

¹⁴ Véase Michio Nagai, "El 'despegue' y el 'fracaso' en el desarrollo de la educación japonesa", *Estudios Orientales*, v. IV, Núm. 3, 1969, p. 247-279.

En retrospectiva diríase que Arinori Mori no pudo concebir un ideario que fuese más allá de la gloria del Estado *per se* y que José María Luis Mora tenía ese ideario en la felicidad del hombre como individuo consciente, pero no nos legó los mecanismos para llegar a la meta sin antes construir un Estado poderoso.